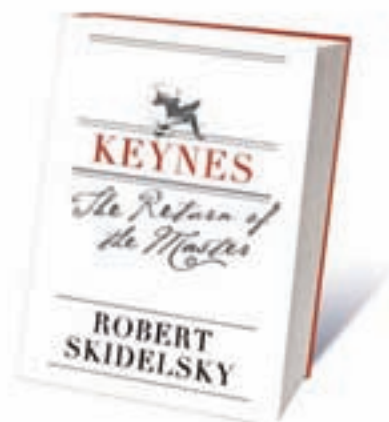


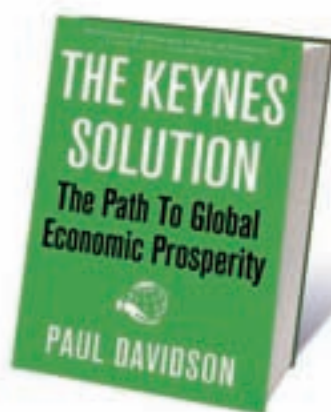
Robert Skidelsky Keynes. The Return of the Master

Palgrave Macmillan, Nueva York, 2009, 196 págs.



Paul Davidson The Keynes Solution. The Path To Global Economic Prosperity.

Palgrave Macmillan, Nueva York, 2009, 196 págs.



Domènec Ruiz Devesa
Oxford Policy Management¹

Una de las consecuencias más destacables de la crisis financiera iniciada en el verano de 2007 ha sido la aparente pérdida de confianza en la escuela neoclásica de la economía y el inicio de una nueva etapa en la Ciencia Económica que tal vez permita recuperar teorías y fundamentos del análisis económico descartadas durante la hegemonía en los ámbitos político e intelectual de la ideología neoliberal. La recuperación del pensamiento keynesiano se ha puesto de moda, incluso en aquellos sectores que antes lo repudiaron, a veces incluso con displicencia cuando no con burla².

¹ Las opiniones vertidas en este artículo pertenecen exclusivamente al autor del mismo y en modo alguno representan la posición de Oxford Policy Management.

² Krugman (2009): «En 1980, [Robert] Lucas [premio Nobel de Economía] escribió que la teoría económica keynesiana era tan necia que “en los seminarios de investigación la gente ya no toma en serio la teorización keynesiana [cuando alguien la utiliza]; la audiencia empieza a susurrar y a mofarse”» (*traducción propia*).

Lo cierto es que la ortodoxia en la Ciencia Económica nunca aceptó plenamente los postulados teóricos del keynesianismo, incluso en el momento álgido del estado interventor, en la inmediata posguerra mundial. La escuela neoclásica digirió unos pocos elementos de la praxis keynesiana, en una operación conocida como «la síntesis neoclásica», muchos años después repudiada por uno de los autores de la misma, John Hicks, y que fue calificada por Joan Robinson, destacada discípula de Keynes, de «Keynesianismo bastardo». En pocas palabras, la escuela neoclásica aceptó que la economía puede caer en una situación de desequilibrio debido a las rigideces en precios y salarios, lo que explicaría la incapacidad de la oferta y la demanda agregadas para ajustarse, incluso por un período de tiempo prolongado. Sin embargo, esta explicación no es keynesiana, sino simplemente clásica. La síntesis neoclásica no es más que una justificación de las políticas keynesianas desde postulados clásicos.

En realidad, Keynes nunca consideró estas rigideces, reales o supuestas, centrales para justificar una situación de desequilibrio prolongado, y por tanto de alto desempleo. Para Keynes, es suficiente una preferencia por la liquidez, que deprime las tasas de inversión y de consumo. Esta preferencia por acumular dinero puede deberse a varias causas, incluyendo una caída de los rendimientos de la inversión en determinados sectores, el sobre-endeudamiento de las familias o a un aumento de la incertidumbre, que lleva a ahorrar en previsión de un futuro que no se considera halagüeño. En este sentido, ni siquiera la reducción de los tipos de interés (el precio del dinero, y por tanto su remuneración cuando se ahorra) es suficiente por sí misma para salir de una recesión caracterizada, como la iniciada como consecuencia de la crisis financiera del verano de 2007, por una fuerte preferencia por la liquidez. De ahí el recurso masivo a políticas fiscales expansivas iniciadas por los gobiernos en el otoño del mismo año, cuyo fundamento teórico se encuentra en la obra clave de Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*³. No es extraño sentir una cierta sensación de vértigo cuando se leen las primeras líneas del capítulo primero de la *General Theory*, escritas hace setenta y cinco años:

He titulado este libro la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, poniendo el énfasis en el prefijo general. El objeto de tal título es contrastar el carácter de mis argumentos y conclusiones con el de la teoría clásica, en la cual fui educado y que domina el pensamiento económico, tanto práctico como teórico, de las clases gobernantes y académicas de esta generación, al igual que en los cien años precedentes. Argumentaré que los postulados de la teoría clásica son aplicables solamente a un caso especial y no al caso general [...] además, las características del caso especial asumidas por la teoría clásica no se corresponden con las de la sociedad económica en la que realmente vivimos, con el resultado de que sus enseñanzas son engañosas y desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos de la experiencia [...] (pág. 3)

³ Keynes (1935, 1997).

A nadie se le debe escapar que este mismo párrafo hubiera podido escribirse en junio de 2007, para ser ignorado, cuando no vilipendiado, por la mayoría de la profesión, del mismo modo que fueron ignorados economistas como Dean Baker, Nouriel Roubini o Robert Shiller cuando alertaron sobre la burbuja inmobiliaria en los Estados Unidos durante los años y meses que precedieron al estallido del mercado de las hipotecas de alto riesgo. El desconocimiento de la historia del pensamiento económico, materia no obligatoria en prestigiosas facultades de Ciencias Económicas, por un lado, y la incapacidad de poner en perspectiva acontecimientos presentes y pasados a la luz de sus semejanzas y diferencias, por otro, explica que muchos economistas ignoraran las ideas de Keynes o que fueran incapaces de anticipar la crisis del verano de 2007, aun siendo conocedores de las mismas, en un contexto general de total sumisión a la escuela neoclásica de la economía. En el para mí ya lejano otoño de 1996, cuando inicié mis estudios de licenciatura en Economía en la Universidad Carlos III de Madrid, pude experimentar en primera persona el carácter dogmático que en general se le confería a la disciplina, la ausencia total de debate sobre los supuestos teóricos de la misma, la escasez de referencias a Keynes o sus ideas, y el constante sermoneo sobre las virtudes del libre mercado y la indeseabilidad de las intervenciones del gobierno, que no hacían más que estorbar la eficiente asignación de los recursos y la libertad de los individuos. Una década más tarde, en cambio, la macroeconomía, en palabras de Paul Krugman, premio Nobel de Economía en 2008, se encuentra en busca de sentido⁴.

Para profundizar en el pensamiento económico keynesiano, libre de las distorsiones posteriores y de las vulgarizaciones de las que ha sido objeto, así como para reevaluar su relevancia para la política económica en un mundo capitalista que ha vuelto a descubrir que las crisis en el sistema económico son recurrentes y a veces agudas, disponemos de dos obras imprescindibles publicadas en 2009, *Keynes, The Return of the Master*, cuyo autor, Lord Skidelsky, es el principal biógrafo del gran economista⁵, y *The Keynes Solution*, de Paul Davidson, co-fundador del *Journal of Post-Keynesian Studies* y responsable de haber mantenido viva la llama de una teoría económica keynesiana ajena a las adulteraciones neoclásicas. No es exagerado decir que Skidelsky y Davidson son las dos voces más reputadas sobre Keynes y el keynesianismo en el panorama internacional, al menos desde el punto de vista de la historia intelectual.

Si bien los dos libros siguen una línea de pensamiento muy similar, por lo que hay algunas inevitables repeticiones, e incluso citas cruzadas, éstos son sobre todo complementarios. Las dos obras logran recuperar las ideas clave de la teoría económica keynesiana de una manera accesible al lector no especialista. En este sentido, ambos destacan la ya mencionada preferencia por la liquidez y el papel de los mercados financieros en la generación y profundización de las crisis económicas, así como la irrelevancia de las rigideces en precios y salarios en el marco conceptual keynesiano⁶. Skidelsky, por su parte, relaciona las ideas económicas keynesianas con Keynes el hombre y su filosofía social y

⁴ Krugman (2009).

⁵ Véase su monumental biografía en tres volúmenes, Skidelsky (1994, 1995 y 2001).

vital, además de dedicar más espacio a la crítica de las ideas económicas neoclásicas y al neoliberalismo en general. Davidson se centra en recuperar detalles esenciales de la teoría económica keynesiana, como sus olvidadas ideas sobre la inflación, así como en aspectos puramente normativos (en los que también Skidelsky entra, pero en menor medida) y de historia intelectual (particularmente su apéndice sobre la «bastardización» del pensamiento keynesiano en las universidades de los Estados Unidos a partir de 1945).

La lectura combinada de estas dos obras supone una demolición en toda regla de la teoría económica neoclásica por basarse en dos postulados irreconciliables con la realidad, pero que permiten concluir a favor de la capacidad del libre mercado para autorregularse. El primero se refiere al axioma ergódico, es decir, aquel que presupone que el futuro puede conocerse con la información del pasado mediante técnicas estadísticas y el cálculo de probabilidades, lo que permite otorgar credibilidad a la teoría de las expectativas racionales de Robert Lucas, según la cual, por ejemplo, las políticas fiscales expansivas son ineficientes porque los agentes anticipan sus efectos inflacionarios, y a la teoría de la eficiencia de los mercados financieros, los cuales no pueden desviarse en medio de la senda derivada de los valores subyacentes, dada la información pública disponible, que no se supone asimétrica. El segundo axioma se refiere a la teoría de la neutralidad del dinero según la cual la oferta de dinero no altera las variables reales, tales como la producción y el empleo, simplemente incrementando la tasa de inflación. Estos postulados, además de no estar respaldados por la evidencia empírica, conducen al exceso de confianza en modelos probabilísticos que ignoran el riesgo sistémico y a una obsesión enfermiza por evitar la inflación monetaria incluso en escenarios donde la economía opera sin emplear todos sus recursos, en particular los humanos.

Keynes, sin embargo, rechazó estos dos axiomas en la *General Theory*. En cuanto a la ergodicidad, Keynes identificaba dos tipos de incertidumbre, la probabilística, mediante la cual es posible estimar cuál de los dos sucesos es más probable, a veces incluso asignando una magnitud, y la irreducible, sobre la que no se puede predecir nada. La importancia de la incertidumbre en la toma de las decisiones sobre consumo e inversión en la teoría keynesiana permite explicar la preferencia por la liquidez. En lo relativo a la neutralidad del dinero, Keynes era consciente de que aumentos en la oferta monetaria sí que pueden contribuir a incrementar la producción de bienes y servicios, y por tanto el nivel de empleo, si bien ésta se debía canalizar a través de préstamos del banco central al gobierno para la financiación de políticas fiscales, pues el mero abaratamiento del precio del dinero a particulares a través de la tasa de interés no es suficiente cuando el consumo privado se contrae y la inversión está congelada a la espera de la recuperación de la demanda. En consecuencia, la inflación monetaria no es previsible en tal escenario. Para Keynes, como recuerda Davidson, sólo cuando la economía alcanza el pleno empleo una política monetaria expansiva puede generar inflación.

⁶ El fenomenal incremento del paro en países con un mercado de trabajo muy flexible como Estados Unidos como consecuencia de la crisis iniciada en 2007 parece indicar que el problema del desempleo no se debe fundamentalmente a las rigideces en precios y salarios.

Todo esto no fue óbice para que los economistas llamados keynesianos en los Estados Unidos, como Paul Samuelson, propusieran un papel activo del gobierno para sostener el crecimiento económico y el empleo al tiempo que sus fundamentos teóricos eran esencialmente neoclásicos, como ya se ha explicado. Para Skidelsky, esta disonancia permitió que la escuela neoclásica recuperara el control no sólo de la teoría económica sino también de la *praxis* cuando a principios de la década de 1970 la política keynesiana no pudo explicar la conjunción de desempleo e inflación. Una relectura de la *General Theory* hubiera sugerido que, dado que desde mediados de los años sesenta los Estados Unidos se embarcaron en una combinación de políticas fiscales y monetarias expansivas para financiar el programa social de la *Great Society* así como la guerra de Vietnam, en un escenario de pleno empleo, la aparición de un problema de inflación monetaria no era descartable. Después, el *shock* del alza de los precios del petróleo en 1973 se añadió a estas presiones inflacionarias, lo que se agudizó con la quiebra de la política de rentas que ligaba los salarios a la productividad. Así, mientras la economía entraba en recesión, la inflación y el desempleo se incrementaron, destruyendo la curva de Phillips, también considerada erróneamente parte esencial de la teoría keynesiana, como señala Davidson. Las consecuencias no fueron solamente teóricas. Pocos años después llegarían al poder Margaret Thatcher y Ronald Reagan, aldabonazo de las políticas neoliberales de privatización, desregulación y liberalización, con el consiguiente olvido de objetivos como el pleno empleo y la solidaridad social.

La relectura del verdadero Keynes a través de Skidelsky y Davidson ofrece algunas pistas sobre la elaboración de políticas económicas anticrisis. En primer lugar, si se aceptan los postulados keynesianos, la reforma de la legislación laboral debiera ocupar un papel marginal en la agenda, dada la relativa irrelevancia de las rigideces en precios y salarios. Keynes nos enseña que en una economía capitalista el papel del gobierno es garantizar que haya un demandante de último término cuando el consumo privado y, por tanto, la inversión privada se contraen. En otras palabras, las tasas elevadas de desempleo se reducen poniendo a las personas sin empleo a trabajar, no flexibilizando el despido ni mandando a los operarios de vacaciones, aunque esto último sea mejor que lo primero. Desde la óptica keynesiana, es responsabilidad del gobierno garantizar el pleno empleo, y si el sector privado de la economía no genera suficientes puestos de trabajo, el sector público deberá poner los recursos disponibles y no utilizados en uso para reactivar el conjunto de la economía. Frente a la reforma del mercado de trabajo, se podría examinar en cambio revitalizar el sector público empresarial en áreas estratégicas, emergentes o de futuro donde la iniciativa privada no está dispuesta a invertir por el problema de la incertidumbre irreducible identificado por Keynes, lo que no excluiría la participación del sector privado más adelante. Otras ideas keynesianas relevantes pero todavía no en la agenda incluirían la vuelta a la separación de la banca de ahorro y de inversión, para evitar que los bancos apuesten con el dinero de los depositantes, la recuperación de la política de rentas para evitar presiones inflacionarias cuando se alcance el pleno empleo, y la reforma del sistema internacional de pagos para corregir los desequilibrios macroeconómicos globales.

Como escribe Davidson, doscientos cincuenta años de capitalismo no han permitido alcanzar el pleno empleo permanente, si bien éste fue una realidad en los veinticinco años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial en los que se aplicaron políticas de estímulo de la demanda y la productividad de corte keynesiano. El reto consiste en actualizar estas políticas en un marco teórico consistente, al tiempo que se garantiza la sostenibilidad ambiental y un patrón de crecimiento equilibrado. Un reto añadido para economías como la española es la sostenibilidad del endeudamiento público. El déficit del Estado no puede ser perpetuo, algo que Davidson pasa por alto porque su obra está excesivamente contextualizada en los Estados Unidos, país que por su tamaño con respecto a la economía mundial y por su papel de emisor de la moneda internacional de reserva sí se ha permitido recurrir durante varias décadas al déficit fiscal. En otras palabras, el recurso a la política fiscal y a la inversión pública para reactivar la economía y lograr el pleno empleo no significa que ésta no deba financiarse con cargo a impuestos directos y progresivos, si bien temporalmente se pueda recurrir a la deuda pública, incluso de manera considerable.

Referencias

- KEYNES, John Maynard (1935 y 1997): *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Prometheus Books, Amherst NY.
- KRUGMAN, Paul (2009): «How Did Economists Get It So Wrong?», *The New York Times*, 06/09/2009.
- SKIDELSKY, Robert (1994): *John Maynard Keynes: Volume 1: Hopes Betrayed, 1883-1920*, Penguin Books, Nueva York.
- SKIDELSKY, Robert (1995): *John Maynard Keynes: Volume 2: The Economist as Savior 1920-1937*, Penguin Books, Nueva York.
- SKIDELSKY, Robert (2001): *Fighting for Freedom: Volume 3: Hopes Betrayed, 1937-1946*, Penguin Books, Nueva York.